

EDUARDO GALLARZA

Juegos reunidos



«EDUARDO GALLARZA DOMINA
EL ARTE DE NARRAR» LUIS MARÍA ANSÓN



Juegos reunidos

Eduardo Gallarza

Juegos reunidos

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: julio de 2024

© Eduardo Gallarza, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-128530-3-2
Dep. Legal: M-14022-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Les Joueurs de football*, Henri Rousseau (1908)

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Juegos reunidos

A Rafael Goran

Para mí, la lengua es un juguete infinito

JUAN GARCÍA HORTELANO

Treinta y nueve semanas

LA NOCHE DEL VEINTIOCHO de abril fue una noche profunda y fresca, una noche de bonanza, la primera en mucho tiempo. Las olas nos acunaban con calma y poderío como una presencia amiga.

Cálculos complicados arrojaron la certeza de haber llegado a las antípodas exactas de nuestro puerto de partida, después de treinta y nueve semanas de navegación, las seis últimas atravesando terribles tormentas.

Un cubo echado por la borda trajo agua dulce. Estábamos pues cerca de la desembocadura de un río grande y caudaloso. En el espejo arrugado de la corriente las estrellas nuevas se estremecían; con impaciencia, nos pareció, en señal de bienvenida.

A la orilla del alba nos llegaron perfumes olvidados de bosque y de barro, y la música bendita del viento, lejos, en las ramas.

En la proa bebíamos esos tenues signos del continente, nuestros cuerpos se ofrecían a las caricias del viento. Intentamos reír o llorar, pero no nos quedaban ni risas ni lágrimas ni recuerdos ni anhelos. Tan solo un confuso sentimiento de espera y el cansancio de meses de horizonte vacío.

Era el primer día, frágil y quebradizo. El ruido de las olas sobre la costa, el fin de la tribulación, el principio de la aventura.

En las alturas

LA LUZ DE LAS FLORES venenosas, ese esplendor mortal de los prados serranos.

Los viajeros llegan, tras escalar trabajosamente los riscos, a la alta región donde la muerte ilustra de colores la hierba oscura, sedosa y alta.

Al borde del precipicio el viento acaricia las delgadas columnas. Entre ellas avanzan los viajeros, sintiendo que el suelo se desmorona paso a paso, y sus sentidos turbados por la embriagadora belleza de las flores.

Sus siluetas se recortan sobre el cielo blanco. Desde el valle los campesinos aplauden cortésmente si uno de ellos pierde pie y, pelele grotesco, va rebotando acantilado abajo. Es sabido que los pueblos de la montaña honran a aquellos

que mueren a causa de las flores. Las cenizas de los viajeros son depositadas en toscas urnas de piedra y expuestas en los templos a la veneración de los fieles.

Ejercicio de doma

ES UN ANIMAL VIOLENTO. Me lo vendieron joven, entró en mi casa con aire flemático y amodorrado, guiñando los ojos y suspirando de sueño. En realidad, estaba drogado y, cuando despertó, a punto estuvo de matarme. Me retiré a tiempo, y se pasó el día yendo de aquí para allá en el cuarto, dando bufidos y abriendo las fauces. Al pasar los años, se ha ido tranquilizando, pero desconfío de él, porque con el tiempo se ha hecho muy fuerte. A veces apenas me atrevo a moverme en su presencia. Su mirada amarilla me sigue, siento sus músculos tensarse, parece sonreír fríamente. Al cabo de un momento, se relaja y silenciosamente abandono el cuarto. Quisiera creer que sabe quién es el amo. A decir verdad, rara vez me desobedece, pero siento que su docilidad es fingida.

Ejecuta mis órdenes, sí, pero podría derribarme, y bien veo que lo sabe.

¿Por qué vivir bajo esa amenaza? Es que la belleza del animal me fascina, la impresión de fuerza y de armonía que desprenden su andar nervioso y el destello metálico de su mirada. Nunca me canso de contemplar cómo se acerca y se aleja, cómo paga mi admiración con desdén. En su misterioso, lejano país, esos animales son el símbolo de la realeza, pero yo estoy lejos de tener el poder de sus antiguos amos. Mi autoridad es tan falsa como la sumisión de la fiera. Ambos sabemos que un día será él el más fuerte y yo tendré que elegir entre la muerte y la servidumbre.

Tal vez ya hoy sea su esclavo, tal vez de mi celo en servirlo dependa mi vida. No puedo rebelarme, pero no soy desgraciado: mi dueño es hermoso y fuerte, y lo amo.

La verdad sobre los crímenes del ingeniero Da Costa

QUIÉN NO HA OÍDO la historia de los tres cerditos que se perdieron en el bosque. Los dos primeros mataron al tercero para comérselo, porque llevaban ya semanas vagando entre árboles hostiles y corrían serio peligro de morir de inanición.

Cuando hubieron dado buena cuenta de los jamones de su compañero y su hambre quedó saciada, se preguntaron:

«¿Qué hacemos ahora con las sobras?».

Con el cráneo, hicieron la bóveda del cielo.

Con los ojos, hicieron la luna y el sol.

Con los sesos, hicieron las nubes y la lluvia.

Con las entrañas, hicieron los continentes.

Con la sangre, hicieron los mares y los océanos.

Con las vértebras, hicieron los archipiélagos.
Con los dientes, hicieron los picos nevados.
Con la piel, hicieron el gran desierto del Kalahari.
Con los huesos, hicieron las ciudades y las torres.
Con las manitas, hicieron la grava del camino.
Con el rabo, hicieron el cometa de Halley.
Con las pezuñas, hicieron las estrellas, en un alarde
de paciencia, tras romperlas en muchos pedacitos.

Y, al acabar, los dos artistas se miraron y exclamaron
satisfechos: «¡Del cerdo se aprovecha todo!».

(De un trozo de madera recogido en la orilla hicieron la
primera mujer y el primer hombre).

Noviembre en el exilio

ESTOS DÍAS LOS SÓTANOS van tragando carbón, montañas negras derramándose por las aceras, luto desmoronado sobre la ciudad, que parece encogerse y tiritar. Días más cortos, cielos bajos en la agonía del año.

Recorro las plazas interminables, las fachadas entristecidas, y cada paso ahonda mi congoja. Bajo mis suelas, el asfalto, las losas, los túneles, los oscuros canales. Por una zanja abierta a golpes de pica veo las motas de tierra grasienta, enferma, venenosa, y mis pasos miden la costra dura y sucia de abismos que me espantan.

A veces una tapia más oscura, una ventana más estrecha me golpean hasta el llanto: nunca, nunca como ahora siento la lejanía de nuestra patria, la herida de nuestro exilio.

No solo el frío, ni el negror de los días, ni mi error de niño perdido: noviembre trae la certeza de nuestra culpa, al exilio añade el abandono de deberes sagrados, el desarraigo de cuanto bueno en nuestra vida ha habido.

Siento aún aquel acuerdo entre la tierra y el pie, como entre dos amantes desnudos, el baile lento de los juncos, melena del llano, las colinas suspirando bajo el peso del azul del cielo, el perfume de aguas secretas al caer la tarde, el grito de un pájaro, aviso de noche en la luz aún dorada, en el furtivo nacer de estrellas.

Recuerdo por toda la isla los mástiles izados, los viejos altares de piedra en cada jardín lavados y engalanados, un año más nuestra nación volcada en el amor, en la tranquila confianza, un noviembre más en la larga cohorte de almas, de nuestros antepasados a los nietos de nuestros nietos, herencia de belleza en la belleza de nuestra tierra.

Y nosotros exiliados no comulgaremos en la fiesta, nosotros perdemos nuestro ser... He tomado una resolución: nosotros también celebraremos noviembre. En un patio de escombros, en un descampado, detrás de las planchas de alguna tapia, en este frío infierno alzaremos nuestro mástil —y viviremos—. Al hablarlo con mi hermana, en sus ojos apagados vi nacer una luz. Viviremos. Todo lo demás pasará, nuestra alma cruzará su cárcel, no la mellará la escarcha sucia ni la ensombrecerá la noche sin estrellas, no quedará de la pe-

sada tormenta más rastro que un reflejo de agua en el nuevo brillo del día.

¿Qué indecible es nuestra culpa? ¿No son nuestras lágrimas sinceras? Pero hasta de nuestra tenue esperanza quieren despojarnos; en las paredes negras han aparecido pasquines grises, esta mañana la ciudad entera grita su odio contra nosotros, mentiras, mentiras de hollín, insultos impresos en cada esquina: somos salvajes, somos criminales, ¡se pide protección contra nuestros «ritos sanguinarios»! ¿Pero qué culpa, qué crímenes? No nos conocen, no saben nuestra verdad, pero nos aborrecen, no quieren creernos. ¿Qué podemos hacer, dos niños solos frente a una ciudad entera?